

LA BATALLA VENCIDA DESPUÉS DE LA MUERTE. LA LEYENDA DEL CID Y LA TRADICIÓN ÁRABE

ÁLVARO GALMÉS DE FUENTES
Universidad Complutense de Madrid
Real Academia de la Historia

Sabido es que el Cid, según la leyenda, venció después de muerto a las huestes del moro Búcar, que pretendían recuperar la ciudad de Valencia. En el *Poema del Cid* que hoy día conocemos, muy ajustado a la realidad, no aparece este tema poético, pero en una versión posterior, hoy perdida, prosificada hacia el año 1289 en la *Primera Crónica General* se nos relata detenidamente esta batalla vencida después de la muerte. He aquí los principales pasajes de esta versión prosificada:

A cabo de IX días después que el rey Búcar llegó a Valencia, avyen ya la companna del Çid guisadas todas sus cosas, commo el Çid mandar guysar ante que muriese, ca Gil Díaz, el su privado, nunca en él trabaió en estos IX días. Et el cuerpo del Çid fue guisado en esta guysa: primeriamente fue balsamado et ungido segunt que a contado la estoria, et fincó tan yerta la carne et tan fermoda et el rostro tan fermodo et los oios abiertos et la barba luenga et mucho apuesta, que non a omne en el mundo, que lo non sopiesse et lo viesse, que cuydasse que era sinon bivo. Et Gil Díaz luego el segundo día que el Çid finara, pusiera el cuerpo en una siella de las suyas, et la siella en un cavalfuste... Et desque todo aquesto fue assí fecho, era ya el dezeno día en la manñana, et todo esse día et bien fasta media noche estudieron todas las compannas del Çid en guysar sus armas et en armarse et en cargar las azémilas... Et quando fue a la media noche, pusieron el cuerpo del Çid, assy commo estava con su siella, en su cavallo Bavieca, et ataron las forcaduras delas tablas con cuerdas muy bien; et con lo que estavan pegadas en los arzones, estaba el cuerpo tan derecho et tan igual, que non semeiava sinon que bivo era en la siella...; et vistieronle una vestidura, fecha a manera de pespunte, de una pórpolo de la nobles del mundo; et pusieronle su escudo al cuello, et en la cabeza una capellina fecha de

pargamino et pintada a sus sennales que non a omne que no cuydasse que era fierro; et pusieronle su espada Tizón en la mano, et el braço atado et aguysado yuso de la vestidura, tan bien et tan sotilmente que era maravilla en commo tenia la espada tan derecha e tan igual. Et desque todo esto fue aguysado, a la media noche abrieron una puerta de la çibdat es contra Castiella, et primeramente salió Pero Bermúdez, con la seña del Çid, et quatricientos cavalleros otrossi muy bien guisados; et en la çaga venie el cuerpo del Çid, et con él çient cavalleros todos escogidos uno mejor de otro, et a sus espaldas vinie donna Ximena con toda su companna... Et desque todos fueron fuera, era ya día claro; et Alvar Fánnez tenie sus azes ordenadas, et fueron luego ferir en los moros... Et tan grant fue el royo et la buelta entre ellos que muy pocos dellos pudieron acoger a las armas, mas tornaron las espaldas quien más podie, et comenzaron a fuyr contra la mar...

Segunt cuenta Abenalfarax, que hizo esta estoria en arávigo, diz que el dia que la companna del Çid salieron de Valençia et desbarataron al rey Búcar, bien cuidaban los moros del Alcudia que el Çid bivo salie, ca le vieron ir en su caballo et su espada en la mano; mas cuando le vieron yr contra Castiella et que ninguno non tornava, fizieronse maravillados, et estudieron assy todo aquel dia, que non osavan yr a las tiendas que dexaran los del rey Búcar nin entrar a la villa, ciydando que el Çid lo fazie con alguna maestria. Et quando fue otro dia, pararon mientes contra la villa, et non oyeron ningün royo. Et estonçe Abenalfarax mismo cavalgó un caballo, et un omne con él, et fue yendo contra la villa... et non falló y omne ninguno, et fue maravillado¹.

Ya la atribución de esta «estoria» al moro Abenalfarax nos hace pensar en una fuente árabe, y efectivamente en una bella narración de los *Ayyām al-‘Arab* o «Jornadas de los árabes»², Rabī‘a utiliza una estratagema parecida a la del Cid del poema prosificado en la *Crónica General*.

En la «jornada de Qadid», un caballero enemigo se lanza contra Rabī‘a Ibn Muqaddam, el cual, ante el asombro y terror de su tribu, simula la huida, con el único fin de atraer al enemigo al lado de las mujeres, para beneficiarse, según vieja costumbre beduina, de su presencia y de sus exclamaciones estimulantes. Allí se produce un combate singular y Rabī‘a mata a su adversario, pero, ya en la batalla mezclada, una flecha le hiere mortalmente. Su fatal herida, sin embargo, le permite aún disponer la huida de las mujeres hacia su campamento por un estrecho desfiladero, mientras él se hace colocar a la entrada del mismo sobre su caba-

1. *Primera Crónica General*. Publicada por R. MENÉNDEZ PIDAL. Madrid, 1906, pp. 636b-638a u b.
2. Estos relatos épico caballerescos, como es sabido, se hallan dispersos en obras posteriores, tal como el *Kitāb al-agānī* de Abū l-Faraŷ al-İṣfahānī, o, de forma más sistemática aunque siempre fragmentaria, en obra como al-‘Iqd al-farīd del escritor y poeta andalusí Ibn ‘Abd Rabbih...

llo y apoyado su cuerpo inerte sobre la lanza hincada en tierra. Nadie osa atacar al temido guerrero, hasta que al salir de nuevo el sol, y las mujeres ya a salvo, observan sus enemigos la sospechosa inmovilidad de Rabī'a Ibn Muqaddam, comprobando finalmente que habían estado detenidos ante un cadáver la fama de Rabī'a. En razón de esta batalla vencida después de muerto, se hizo proverbial. Abū 'Ubayda dijo expresamente, según testimonio de Abū 'Amr: «Yo no sé de otro hombre matado, o muerto naturalmente, que haya ganado una batalla, salvando a una caravana de mujeres»³.

El poeta coetáneo de mahoma, Ka'b Ibn Zuhayr, que pertenecía también, aunque sólo por parte de su madre, a la tribu de los Banū Kināna, escribió una casida en elogio fúnebre de Rabī'a Ibn Muqaddam, que termina con este verso:

¡Hijo de Muqaddam! Cuántas viudas y madres han sido salvadas por ti el día de tu muerte; por ti, que ahora eres quizás pasto de la hiena y del buitre⁴.

Pero no es éste el único ejemplo de batalla vencida después de la muerte que nos recuerda la literatura caballerescas árabe. Así de forma sumamente parecida se nos narra la muerte de 'Antar:

'Antar, con una voz apenas audible, ordena que le lleven su armadura y lo ayuden a ponérsela. Ciñe el sable 'Dami', y luego monta en Abjar:

‘¡Adios a todos vosotros que he amado! —dice con voz apagada— ¡Os he defendido durante mi vida, y os defenderé aún después de mi muerte!’.

Luego coge las riendas, hace avanzar algunos pasos a Abjar y se sitúa en medio del desfiladero, con el rostro vuelto hacia el enemigo y apoyado en su lanza. Unos instantes todavía, y va a salir el sol.

‘¡Huid!, dice a los suyos. Y éstos, conformándose a su voluntad, levantan el campo y se ponen en marcha hacia el Oeste.

'Antar se ha quedado sólo, de cara al sol naciente, sobre su caballo, inmóvil como una estatua, esperando a la vez al sol, al enemigo y a la muerte...

Entonces es cuando los enemigos, enardecidos por las palabras del viejo Sayba, llegan al recodo de la hondonada, esperando sorprender a los 'absíes en pleno. pero, ¿Cuál no será su estupor y terror, cuando ven, en medio del desfiladero, entre las rocas desprendidas que la aurora hace llamear, inmóvil sobre su caballo, apoyado en su lanza y fantásticamente iluminado por el sol naciente, a 'Antar, quien, con la mirada fija, los mira y parece estar esperándoles'.

‘¡Antar vive’, exclaman sobrecogidos de espanto; y, volviendo grupas, retroceden en desorden hacia las alturas.

3. IBN 'ABD RABBIHI, *Kitāb 'Iqd al-farīd*. El Cairo, 1321 (hégira), p. 64.

4. Citado por PERRON, A., «Lettre sur Antar, adressée à M.J. Mohl». *Journal Asiatique*, 1940, p. 485.

No obstante, una vez llegados a las crestas, se vuelven y ven a *‘Antar que, siempre en la misma posición, no se ha movido y parece observarlos aún. Y allá abajo, más allá del desfiladero, divisan la caravana de los Banū ‘Abs, la cual, llegada a los confines de su territorio, va a escapárseles definitivamente. ‘¿Por qué ‘Antar no se reune con ellos?’*, se preguntan. Y Sayba dice: ‘*Esa inmovilidad es sospechosa. Nunca he visto un jinete quedarse aislado de esta manera y permanecer solo tan lejos de los suyos’.*

Pues, habeis de saber, señores, que *‘Antar, aunque muerto, seguía a caballo. Su cuerpo se apoyaba en su lanza, mientras que Abjar, esperando la orden de su amo, permanecía inmóvil como una peña.*

Y hasta el mediodía *‘Antar tuvo así a raya al enemigo. ¿Qué os contaré ahora, señores, que os pueda interesar sin sumiros en la tristeza? Comprendiendo que ‘Antar había dejado de existir, los enemigos se acercaron a él y dijeron: ‘Ha defendido a los suyos en la vida y en la muerte’*⁵.

Las concomitancias entre los textos árabes y el episodio del Cid son evidentes. En muchos casos, la preparación del cadáver se realiza durante la noche, y sólo, muy avanzado el día, se observa la inmovilidad y el silencio, que suscita la sospecha; pero, sobre todo, en ambos casos la estratagema está ideada para defender a las mujeres de la tribu, en los testimonios árabes, y en la versión prosificada del *Poema del Cid* a «*donna Ximena con toda su compagna*».

5. ROUGER, *‘Antar*, pp. 128-130.